llos de la escuela llamada del Renacimiento. cabalmente á la sazón que Hernán Cortés guerreaba en México por conquistar este imperio. Creció luego aquella luz en manos de su discípulo Gaspar Becerra, pintor, escultor y arquitecto, que fué como Berruguete á estudiar en Italia. Tras él porción de españoles volaron á la culta península, y de regreso á la patria esparcieron entre nosotros la doctrina que allí habían cogido. Así lo hicieron el mudo Navarrete, Vicente Joannes, el célebre Pablo de Céspedes, Francisco Ribalta, Pedro de Villegas, mi paisano el catalán Mingot, y otros. Además, algunos artistas extranjeros de alto mérito, como el Ticiano, vinieron á trabajar en España, atraídos de la regia munificencia de Carlos V y Felipe II. De esa manera se formó dentro del siglo XVI la esclarecida escuela española que en el siguiente tuvo hombres como Velázquez, Murillo y Rivera, y de la cual procede y y es una rama ésta de México. 17

# Couto.

Lo que es el arte de copiar, ó sea reprodu-

cir fielmente en la obra que se hace, la obra que se toma por dechado, parece cierto que había adelentado bastante en manos de los alumnos mexicanos de aquella época. Torquemada asegura que si bien en tiempo de la gentilidad no sabían hacer hombres hermosos, después que fueron cristianos y vieron los cuadros que se traían de Europa, no había retablo ni imagen por prima que fuese, que no la retrataran y contrahicieran. 18 Lo mismo había escrito el padre Motolinía.19 Y nuestro buen Bernal Díaz del Castillo no sólo dice que los lapidarios y pintores que aquí se iban formando, eran muy extremados oficiales, sino que según se le significaba, á su juicio, ni aquel tan nombrado pintor como fué el muy antiguo Apeles, ni los de su tiempo, que se decían Berruguete y Micael Angelo, ni otro moderno, natural de Burgos, que se decía que era otro Apeles y tenía gran fama, harían con sus muy sutiles pinceles las obras que ejecutaban tres indios mexicanos, grandes maestros del oficio, llamados Andrés de Aquino, Juan de la Cruz y el Crespillo. Es tos son los primeros nombres propios que conocemos de artistas nacionales. Muy posible es que si en Europa se hubiesen visto sus obras, los pintores y aficionados no hubieran juzgado como el amable y valiente historiógrafo de la conquista, el cual probablemente era persona más entendida en pasos de armas que en negocio de bellas artes. Sin embargo, por mucho que se cercene de su juicio, así como del de los misioneros, pienso que queda siempre lo bastante para que creamos que algunos de nuestros paisanos eran, á lo menos, regulares copistas.

# Clavé.

Pero todavía eso no es el arte; es apenas el principio de su aprendizaje.

# Couto.

Mas antes de acabar el siglo XVI se había ya aquí salido de la estrechez de la copia, y empezádose á practicar la pintura en su propia extensión. Ustedes me preguntaban antes si queda noticia del primer maestro español venido á México. La única

que he encontrado en testimonios antiguos, es la que nos da el pintor D. José de Ibarra, que parece haber conservado las tradiciones históricas de su arte. Escribiendo á D. Miguel Cabrera, su amigo, le dice que con anterioridad á Echave, Arteaga, los Juárez, Becerra, etc., es decir, antes de los artistas del siglo XVII, pasó á este Reino Alonso Vázquez, insigne pintor europeo, quien introdujo buena doctrina, que siguieron Juan de Rúa y otros.21 Por D. Carlos de Sigüenza y Góngora sabemos que las pinturas del altar mayor de la capilla de la Universidad, dedicada á Santa Catarina Mártir, eran de mano del "excelentísimo pintor Alonso Vázquez;" que fueron su última obra; y que con ellas hizo un presente á la Universidad el Virrey Marqués de Montesclaros, quien gobernó desde 1603 hasta 1607.22 Si el Virrey mismo las había mandado hacer, entonces Vázquez coexistió en sus últimos años con Baltasar de Echave todavía joven. Aquellas obras han desaparecido; y yo hasta ahora no he logrado ver ningún otro cuadro que lleve el nombre de nuestro primer pintor, ni el de su discípulo Rúa. Tampoco he visto nada de Andrés

de Concha, celebradísimo de sus contemporáneos, entre otros de Bernardo de Valbuena en la Grandeza mexicana. Consta que hizo las pinturas del túmulo erigido por la Inquisición para las exequias de Felipe II en 1599, y el retablo que poco antes se había puesto en San Agustín,23 y que si estuvo en la antigua Iglesia, probablemente perecería en el incendio de la noche del 11 de Diciembre de 1676. Mas para juzgar en globo como Ibarra, Valbuena y los demás, quiero decir, para creer que hubo ya en el siglo XVI pintores bien aleccionados en México, me basta un hecho: el punto en que al romper el siglo siguiente encuentro la pintura en manos de Baltasar de Echave. Y como al mismo tiempo que él florecían aquí otros pintores de mérito, tenemos ya en esa época, es decir, de 1600 para adelante, una escuela formada, la cual forzosamente ha de haber tenido sus precedentes naturales. Para llegar adonde aquellos hombres estaban, ha debido antes trabajarse mucho.

# Pesado.

No puede causar extrañeza que la pintu-

ra hubiese andado largo camino en el tiempo corrido desde la conquista hasta 1600, porque en todas las artes y en todas las cosas sucedió lo mismo. Paréceme que nosotros ni estudiamos ni apreciamos cual debiéramos aquel período clásico de nuestra historia, que fué en el que se formó la nación á que pertenecemos. Es necesario recordar que lo que se llamó imperio mexicano, corría poca tierra desde la capital hacia el Norte y Poniente; es decir, hacia las fértiles, ricas y dilatadas regiones que componen la mejor porción de nuestro territorio. Túxpam en el litoral del Golfo, Tulancingo y Tula en la tierra de acá, formaban la barrera que lo ceñía por la banda del Norte; hacia Poniente, partía términos en Tajimaroa con el pequeño reino de Michoacán; y sobre la costa del Pacífico no avanzaba más allá de Colima.24 Dentro de estos lindes estaba encerrado lo que podía llamarse civilizacióu indiana: en todo el resto del país vagaban tribus bárbaras, sin gusto de humanidad, al decir del cronista Herrera, parecidas á los salvajes que talan ahoranuestra frontera; gentes sin artes, sin gobierno, sin sombra de cultura, tal vez

hasta sin domicilios fijos. La bizarra entrada que con un puñado de hombres hizo Cortés en 1521, que es lo que nosotros acostumbramos llamar la conquista, y forma sin disputa uno de los hechos más señalados de la historia del mundo, produjo el efecto de dar en tierra con el poderío de los emperadores de México, y de los régulos sus aliados y tributarios, sometiendo los distritos que regían ó tiranizaban, al mando militar de la raza conquistadora. Pero esa entrada no podía ella misma hacer la civilización de la tierra. A la toma de la ciudad de México siguió inmediatamente un período de nueve años de iniquidad, desconcierto y anarquía, en que no se obró sino el mal. Mas contando desde la venida de la segunda Audiencia en 1530, y particularmente desde el establecimiento del virreinato, las cosas fueron por otro camino; trabajóse con tino, con justicia y con rara diligencia; y en los setenta años que pasaron hasta cerrarse el siglo, se hizo tanto, que de verdad causa admiración, en especial cuando se considera que el gobierno y el pueblo de la metrópoli tenían que obrar al mismo tiempo en casi toda la extensión

del continente americano, y que era aquella la época en que en Europa pesaba sobre España la suma de todas las cosas en política, en religión y en guerras. Nuestras fronteras se avanzaron hasta los Departamentos de Coahuila, Nuevo Leon, Nuevo México, Durango y Sinaloa. Los salvajes que aun había dentro y fuera de ellas, si bien causaban harto mal á las propiedades particulares, no podían ya inspirar temor á la autoridad establecida, la cual de verdad era señora de la tierra, y la tenían organizada según el plan que se propuso. El suelo se había repartido en dominios privados: habíanse traido de Europa, de Africa y de las islas, las semillas, las plantas, los animales que faltaban; con estos auxilios la nueva agricultura solicitaba y explotaba la feracidad de nuestra tierra. Se habían enseñado al pueblo las artes de la vida civil, v establecídose con regularidad el comercio de Europa por Veracruz, y el de la China por los puertos del Pacífico. Nuestras grandes poblaciones, Oaxaca, Mérida, Campeche, Veracruz, Puebla, Querétaro, Valladolid, Guadalajara, Culiacán, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, el Saltillo, de-

ben su primer origen á ese período, durante el cual se las sacó de planta, y llegaron ya algunas á bastante altura. La minería, bajo cuya sombra se creó todo entre nosotros, no sólo estaba plantificada, sino que había adquirido gran desarrollo en una zona tan extensa como la que corre desde Culiacán hasta Tasco y Pachuca, que fué donde Bartolomé de Medina inventó en 1557 el beneficio de metales por azogue en grandes patios; invento de inmensas consecuencias en el arte minero y que hoy mismo no es todavía reemplazado por otro mejor. La capital se había renovado en su mayor parte, v era va la primera ciudad del Nuevo Mundo; emporio del tráfico que por ambos mares se hacía, centro de los negocios, foco de ilustración y de ciencia para todo el país. Existía en ella la Universidad, primera escuela de enseñanza general en el Reino, dirigida por Maestros tan hábiles como Cervantes Salazar en las humanidades, y el padre Veracruz en ciencias sagradas. Había además otros tres colegios para la juventud estudiosa. La imprenta, de la que México fué cuna en las Américas, trabajaba desde 1536; y para fin del siglo había

habido siete ú ocho impresores, de los cuales nos quedan cerca de cien ediciones conocidas.25 La animación en las letras no debía ser corta, cuando en uno de los certámenes poéticos que por entonces hubo, se presentaron hasta trescientos autores, aspirando al premio.26 Yo bien sé que no habría en México trescientos poetas que mereciesen tal nombre; pero siempre será cierto que había ese número de personas que cultivaban la poesía, y se ocupaban en ella. México, bajo todos aspectos, era para aquellos tiempos una ciudad animada, lujosa, galana, que daba golpe á quien llegaba á verla, y que merecía que un contemporáneo, uno de los que descollaban en esas justas poéticas, la dirigiera en 1603 este saludo:

"Oh ciudad bella, pueblo cortesano, Primor del mundo, traza peregrina, Grandeza ilustre, lustre soberano,

Fénix de galas, de riquezas mina, Museo de ciencias, y de ingenios fuente, Jardín de Venus, dulce golosina,

Del placer madre, piélago de gente, De joyas cofre, erario de tesoro, Flor de ciudades, gloria del Poniente, De amor el centro, de las musas coro, De honor el reino, de virtud la esfera, De honrados patria, de avarientos oro,

Cielo de ricos, rica primavera. Pueblo de nobles, consistorio justo, Grave Senado, discreción entera,

Templo de la beldad, alma del gusto, Indias del mundo, cielo de la tierra! Todo esto es sombra tuya, ¡oh pueblo augusto! Y si hay más que esto, aun más en tí se encierra."27

#### Couto.

Galán por extremo se portaba Bernardo de Valbuena, cuando en su gentil aunque desarreglada poesía requebraba á México de esa manera. Pero volviendo á nuestro asunto de la pintura, al amanecer del siglo XVII la encontramos con el vigor y lozanía que se nota en los cuadros que hay aquí de Baltasar de Echave el viejo, ó sea el primero.....

# Pesado.

¿Por qué le das esos nombres?

#### Couto.

Porque así le llamaron nuestros antiguos escritores, es sin duda para distinguirlo de otro pintor del mismo nombre, que existió después, y de quien más adelante te enseñaré alguna cosa. Estos dos cuadros del viejo, que representan la Visitación de Santa Isabel, y una aparición del Salvador y la Virgen á San Francisco, pertenecían al retablo del altar mayor de la iglesia de Santiago Tlaltelolco. Torquemada cuenta que el altar se concluía y estrenaba á la sazón que él escribía en 1609, y que la obra de pincel había sido hecha por un español vizcayno llamado Baltasar de Echave, único en su arte. De manera que se le consideraba entonces el primer pintor de México. En el retablo, monumento histórico de bastante interés para formar idea de la escultura, la talla y la arquitectura monumental del siglo XVII entre nosotros, pintó en tabla catorce cuadros, de los cuales cedieron los padres á la Academia estos dos, que se han reemplazado con copias fieles, colocadas en los sitios mismos que los originales ocupaban.

#### Pesado.

Buenas pinturas ahora que las veo atentamente. Esta Virgen de la Visitación, en el acto de ser recibida por su prima Isabel, es una figura noble, hermosa y radiante con la luz del cielo, que parece que se la oye improvisar el glorioso Magnificat. Y santa Isabel no es una vieja puesta en el cuadro solamente para dar realee á la figura principal, como suelen hacerlo los pintores en tales casos. Si bien por la edad forma cierto contraste con la Virgen, es, sin embargo, una matrona que no queda desairada al lado de la visita.

# Clavé.

Yo, sin embargo, quiero dar la preferencia á esa otra Virgen del cuadro de la aparición de San Francisco. Buena es la persona del Salvador que está á su izquierda; pero la Virgen es tan modesta, tan acaba-

da, que aun tiene para mí cierto sabor de escuela rafaelesca.

#### Pesado.

¿Y estos dos cuadros de la Adoración de Reyes, y la Oración del Huerto?

#### Couto.

Son del mismo Echave: ahí tienes su firma en el primero. Nos los cedieron los padres del Oratorio de San Felipe Neri, en euyos claustros estaban. Probablemente pertenecieron á otro retablo como el de Tlaltelolco, compuesto según la moda de aquel tiempo; y no es remoto que fueran de la antigua iglesia de los jesuitas en su casa profesa, y se hubieran quitado de allí cuando Tolsa hizo el nuevo altar mayor que hay ahora.

# Pesado.

Pues á fe que la Virgen de la adoración de Reyes no cede á las otras. Y el niño que tiene en el regazo, y el Rey que le besa el pie son excelentes figuras. ¡Qué suavidad, qué empaste de carnes! ¡Qué buenos paños, tan ricos y tan bien plegados! Y luego ese colorido tan brillante y tan bien entendido.

#### Clavé.

Pero aquí, Sr. D. Joaquín, sí que es decidida la superioridad del otro cuadro que está á la derecha, el de la Oración del Huerto. Confieso á vd. que no he encontrado en México figura más resignada, más celestial que la del Salvador orando; creo que el mismo Overbeck con gusto la prohijaría por suya. Es cosa notable encontrar cuadros como ése pintados aquí, antes de la época en que Velázquez y Murillo florecían en España. Aquel del martirio de San Ponciano, comprado por nuestro D. Bernardo á un particular, muestra la habilidad de Echave en el desnudo. El torso del cuerpo del mártir, aunque en actitud violenta, y éste del sayón que figura en primer término con una tea en la mano, están modelados con pericia; pero noten vdes. aquellas

cara que asoma abajo, cerca del ángulo derecho del cuadro; es un soldado que conversa con el que está vuelto de espaldas. Señores, la mano que pintó esa cara, de tanta verdad y tanto caracter, era mano maestra.

#### Pesado.

No tenía yo de Baltasar de Echave, á quien apenas conocía, de oídas, el concepto que estos cuadros me hacen formar. Lo reputo ahora uno de nuestros más aventajados artistas, y creo que en cualquier país donde hubiera existido, se habría hecho un distinguido lugar. ¿Quedan muchas pinturas suyas en México?

## Couto.

No escasean, si bien debe cuidarse de no confundirse con las del segundo pintor del mismo nombre que antes mencioné. Del viejo he visto encima de la puerta grande de San-Francisco, un San Cristóbal colosal, pintado en 1601, y que por desgracia retocó en 1667 un Mariano José Albo, desconoci-

Couto.-28

do para mí: en los claustros de la Profesa, una gloria de San Ignacio, un martirio de las Vírgenes de Colonia, y el de San Apronio; aquel de 1610, y estos otros dos de... 1611, cuadros de gran tamaño y ejecución: en el del martirio de San Apronio son notables las figuras de dos cautivos cristianos y de algunos soldados que hay abajo: un San Francisco de Paula del tamaño natural, de 1625, en una de las piezas de la sacristía de la Colegiata de Guadalupe: en el claustro de Santo Domingo, el martirio de Santa Catarina pintado en 1640. En los corredores de abajo del primer patio de San Francisco, hay la vida del Santo, que un cronista de la Provincia menciona como del pincel famoso de Baltasar de Echave30 y efectivamente alguno de los cuadros está firmado con su nombre. A primera vista yo los atribuía más bien al segundo Echave; pero como el texto del cronista, que debió ser contemporáneo de éste, parece referirse al viejo, habrá que decir, ó que la obra se trabajó originalmente con menos cuidado que otras, ó que ha sufrido más por el desabrigo del lugar donde está, ó finalmente, que algún retocador puso en ella su mano indocta. En poder de particulares hay también pinturas de Echave, de que he visto algunas. Por último, si (como lo creo) son suyas una Santa Cecilia que hay en San Agustín, y una Sacra Familia en la Profesa, aunque no tienen su nombre, serán de las mejores obras de nuestra antigua escue la, por la graciosa invención y la pureza de estilo que en ambas resplandecen. Santa Cecilia, con un rico vestido, está arrodillada mirando á los cielos; un ángel baja á ceñirle una corona de rosas blancas; otro gallardísimo ángel, al lado opuesto, le da música sentado delante de un órgano: arriba hay un rompimiento de gloria, en la cual se descubre una devota Vírgen con el niño en los brazos, puesto en pie y de frente. En la Sacra Familia está arriba del Eterno Padre. Abajo, en primer término, la Virgen y San José, cuya figura es muy gentil, llevan por las manos al niño, vestido no con los pobres paños del hijo de un artesano, sino con magnífico ropaje, como un príncipe real. Su semblante, de una lindeza y expresión singulares, recuerda el cantar de Fr. Luis de León:

"Traspasas en beldad á los nacidos."

Está mirando á lo alto, y fija sus ojos en la paloma blanca, símbolo del Espíritu Santo, que baja por los aires, trayendo en las garras una corona de espinas. ¡Qué emblema! Otros pintores nuestros habrán, si se quiere, igualado á Echave en la ejecución; en la invención, en los pensamientos creo que ninguno.

#### Pesado.

¿Y de su persona has recogido noticias?

#### Couto.

Todos dicen que era vizcaino, y algunos señalan por lugar de su nacimiento á Zumaya, en la Provincia de Guipúzcoa. Trabajó en México, al menos desde los primeros años del siglo XVII hasta 1840. No era simple artista, sino filólogo y escritor. En 1607 imprimió en casa de Enrico Martínez (el insigne y desgraciado ingeniero del desagüe de Huehuetoca) un tratado sobre la antigüedad de la lengua de Cantabria, no escaso de saber y de doctrina, según dice el

Sr. Eguiara<sup>32</sup> Echave no era en su famllia el único artista; también su mujer pintaba, y sospecho que una hija, y quizá un hijo suyo.

# Pesado.

Ahora recuerdo que Valbuena alude sin duda á eso, cuando al hablar de los artistas de la ciudad, dice que aquí se goza

Del celebrado Franco la viveza, Del diestro Chávez el píncel divino, De hija y madre el primor, gala y destreza

Con que en ciencia y dibujo peregrino Vencen la bella Marcia y el airoso Pincel de la gran hija de Cratino;

Y otras bellezas mil que al milagroso Ingenio de ambos este suelo debe, Como á su fama un inmortal coloso.<sup>33</sup>

### Couto.

Si dejamos á Pesado decir versos, nos relatará de coro toda la *Grandeza Mexicana*, y por añadidura algunos libros del *Ber*nardo. Volviendo á la mujer de Echave, se le atribuye el cuadro de San Sebastián que sirve de remate al altar del Perdón en Catedral; cuadro que por la altura á que está, y por el cristal que tiene delante, no puede estudiarse; si bien la figura del mártir, que en sustancia es una academia, parece trazada con despejo. Pero lo que hay verdaderamente notable es una antigua tradición que corre en México, de que ella fué quien enseñó la pintura á su marido.<sup>34</sup>

#### Pesado.

Si tal hubiera sido, merecería esa artista dos coronas; una por haber ella manejado los pinceles, y otra por haberlos puesto en manos de Echave.

# Clavé.

Juzgando yo por simples reminiscencias, y después de no pocos años de ausencia de mi país, la filiación que creo reconocer en las obras de este hábil pintor, es la del valenciano Vicente Joannes; bien sea que de su escuela hubiese recibido inmediatamente la doctrina antes de venir á México, ó

que aquí la hubiera tomado por medio de su mujer ó de otro. Desde la primera vez que ví con atención sus cuadros, y los de algunos de sus contemporáneos, me asaltó la idea.

#### Couto.

Tengo presente que me la comunicó vd. hace tiempo. Y debiéramos darnos el parabién en México, si nuestra escuela se derivara de la del insigne Joannes, de quien decía Jovellanos, que sus obras no parecen pintadas con la mano sino con el espíritu. ¡Pero qué espíritu, tan sabio, tan devoto, tan profundo!<sup>35</sup>

# Pesado.

¿De quién son estos cuadros que han puesto vdes. en seguida de los de Echave?

# Couto.

De Luis Juárez, el primero de los cuatro pintores mexicanos que llevaron ese ape-

llido. D. Carlos de Sigüenza y Góngora refiere que hacia el año de 1621 se hizo el retablo grande que hubo en la iglesia de Jesús María, y costó nueve mil pesos; precio, añade, que no parecerá excesivo á quien haya regalado la vista con la inimitable suavidad de sus pinturas eu que se excedió á si mismo el mexicano Luis Juárez, pintor excelente y uno de los mayores de aqueste siglo.36 Desde algunos años antes ejercía ya el arte, pues ese cuadro que está ahí, de la aparición del niño Jesús á San Antonio, tiene fecha de 1610. Es un presente que hizo á la academia la comunidad de San Diego. De los otros tres que tenemos aquí, el primero y segundo representan la anunciación y aparición de la Virgen á San Ildefonso, el otro le leyenda del desposorio de Santa Bárbara con el niño Jesús; este último se adquirió de los religiosos de Santo Domingo, en cuyo noviciado estaba. En el mismo convento hay porción de obras de Juárez, artista de estilo y manera tan marcados, que un solo cuadro suyo bien autenticado, sirve de ejecutoria á todos. Y en ese caso está no sólo el de San Antonio que nos vino de San Diego, sino más particularmente

el lienzo de la Ascención del Señor que hay en el colegio de San Ildefonso, en la sala que llaman General chico. Quien lo haya visto no pondrá duda en que estos otros son de la misma mano.

# Clavé.

Aun en ellos se nota bastante la identidad de estilo. Las cabezas de los ángeles, las de las Vírgenes, el plegar de los paños, todo parece sacado de un solo molde: también el tono del colorido es idéntico. Por lo demás, Luis Juárez es pintor digno de memoria: se conoce que pertenecía á la escuela de Echave, aunque no llegara á la altura de éste. Observen vdes., por ejemplo, en el desposorio de Santa Bárbara la actitud humilde y expresiva de la Santa, en la primer flor de su edad, al momento en que el niño le pone en el dedo el misterioso anillo; y luego esa anciana que está al lado y la sostiene y parece animarla. Es de las buenas figuras que he visto pintadas acá. Lo mismo digo de una Oración del Huerto que hay en el convento del Carmen y me